

13. Kai Wright*

Razones por las que los jóvenes negros no pueden trabajar

Lo primero que llama la atención de Dorian Moody es su facilidad para reírse. Puntuó conversaciones sobre cualquier tema con una sonrisa tímida y una risita encantadora. Le sale un tono de burla a sí mismo cuando describe su aburrimiento inicial en el secundario. "Mi mamá decía: 'No puedes fallar en esto'", dice con una sonrisita de superioridad. "¡Bueno, entonces voy a aprobar raspando!". La sonrisa calma un poco el orgullo herido cuando describe su resurgimiento académico posterior, que empezó después de que toda la familia lo sentara y le advirtiera que sería un "don nadie" si seguía perdiendo el tiempo. La sonrisa suaviza el tono áspero de sus respuestas cuando hago un comentario sobre el ambiente pacífico, primaveral de su barrio en Irvington, Nueva Jersey, el borde oeste de Newark. "Bueno, ve hasta esa esquina y mira lo que los Bloods (Los Sanguinarios)¹ piensan de eso".

* Residencia de traducción Escuela Normal Superior en Lenguas Vivas "Sofía E. B. de Spangenberg", a cargo de la Dra. Mária Averbach. Traducción de Juan Ignacio Grille (jgrille7@gmail.com). Artículo: Why Young, Black Men Can't Work, tomado de Color Line News (25 de junio de 2014).

¹ "The Bloods" es el nombre asociado a una de las principales pandillas callejeras afroestadounidenses de Los Ángeles, California.

La risa fácil de Moody enfatiza su aspecto juvenil ya evidente, y ambas características juntas lo hacen parecer aun menor de veintiún años. Pero hoy está enfrentando desafíos definitivamente propios de los adultos.

Cuando Moody se graduó del secundario, aún no sabía qué quería hacer con su vida; sólo sabía que quería dinero con urgencia. "No está bueno cuando uno tiene dieciocho y ni siquiera se puede comprar desodorante", señala Moody. "No me cae bien eso. Quiero ser capaz de abastecerme a mí y a mi familia". Es el más joven en una familia de trabajadores: un hermano en el ámbito de la seguridad, una hermana en el servicio de guardería infantil, y una madre que está empezando una carrera nueva como terapeuta en drogas a los sesenta y nueve. Moody estaba ansioso por aportar también. Y aun así, a pesar de toda su ambición, hasta ahora su vida laboral se determinó por la coincidencia de dos hechos banales: se graduó en el año 2010 y es negro.

Hoy en día, casi una quinta parte de los recién graduados del secundario, como Moody, está desempleada y no está inscrita en educación superior, según un análisis de información federal sobre empleos realizado por el Economic Policy Institute (Instituto de Política Económica; EPI, por sus siglas en inglés). "Es una cantidad enorme de jóvenes", dice Alyssa Davis, coautora del informe. "Estamos en mala situación para los egresados del secundario", dice terminante.

Es una mala situación, única, con repercusiones graves para los jóvenes

negros masculinos, que aun en buenos tiempos ya estaban quedando excluidos de la población activa en cantidades abrumadoras. Ahora, mientras el mercado laboral continúa reduciéndose y la mayoría de los salarios sigue cayendo, los negros están quedando todavía más lejos de la economía formal debido a las tendencias de raza y género que determinan tanto en la vida laboral actual.

La población activa sin educación universitaria está absolutamente condicionada por el género: mujeres confinadas a los trabajos de servicio y cuidado, como asistentes de salud a domicilio y empleadas domésticas; hombres dedicados a labores manuales como la construcción, el comercio y lo que queda del sector manufacturero. Estos últimos, los trabajos que buscan los hombres, están mucho mejor pagados, pero también son más vulnerables frente a las recesiones. Así que es especialmente llamativo el hecho de que se clasifique a los recién graduados por género, y el porcentaje de personas totalmente “desconectadas” de la economía, como define el EPI. Moody y sus pares masculinos se graduaron en la peor recesión desde la Gran Depresión, y un parámetro claro de la intensidad continua que presenta la crisis es la cantidad de ellos que siguen totalmente desocupados cuatro años después. A pesar de los informes recientes sobre la recuperación actual de la economía, el porcentaje de desocupación entre los jóvenes masculinos hace que parezcan pequeños los niveles registrados en el pico de otras recesiones ocurridas

desde 1991 en adelante, según el informe del EPI.

Si se agrega la cuestión de la raza a la del género, por lo menos según la estadística, la situación se pone aun más sombría para Moody y sus compañeros de clase. Cuando terminó el colegio en 2010, estaba dentro del más de cuarenta por ciento de graduados negros del secundario que tenían entre diecisiete y veinte años y estaban desempleados. Esa cifra bajó lentamente, pero sigue cerca del treinta y cinco por ciento, significativamente más alta que la de cualquier otra raza o grupo étnico. La información federal no es lo suficientemente detallada para medir el porcentaje de desocupación entre los hombres de ese grupo, pero todo el resto de la información sugiere que es más profunda que en cualquier otro sector. Por ejemplo, se puede tomar el caso de las estadísticas impresionantes que se registraron con respecto al desempleo entre los jóvenes negros masculinos durante años. En efecto, aun mucho tiempo antes de la recesión, en el auge económico de 2004, un estudio del Congreso hizo notar que el desempleo de los jóvenes negros masculinos se había disparado con respecto al del resto del país. El año en que se graduó Moody, en la ciudad de Nueva York, el dieciocho por ciento de los varones negros estaban desempleados.

Entonces, ¿a qué se deben estas estadísticas sombrías? Tanto dentro como fuera de la comunidad negra, la sabiduría convencional sostiene que los datos reflejan el orden natural de las cosas; que los jóvenes negros como Moody se quedan atrás por voluntad propia, sea por no aspirar a una educación

superior, por meterse en problemas con la ley o por alimentar sueños de dinero fácil mediante la fama en lugar de someterse a la monotonía y la lentitud del trabajo duro. Para muchos, esas son explicaciones convincentes que se alinean con valores ampliamente extendidos sobre el poder de la acción individual y la viabilidad del ascenso social en los Estados Unidos. Como dijo el presidente Obama en su discurso ante los negros de la promoción universitaria del año pasado en Morehouse College: “Una de las cosas que ustedes aprendieron en los últimos cuatro años es que ya no hay lugar para excusas”.

Pero un volumen creciente de investigación desmiente la noción según la cual los hombres negros que fracasan en la economía moderna se lo buscan ellos mismos. En realidad, es cada vez más evidente que se los dejó fuera de los trabajos calificados que buscan los hombres; trabajos que, para bien o para mal, aún dividen entre pobreza y clase trabajadora para muchas familias. Aunque esté contemplada la falta de responsabilidad personal como factor importante, hay un número cada vez mayor de estudios que sugiere que los blancos con currículos similares (sin título universitario e incluso con antecedentes penales) encuentran muchas más oportunidades que sus pares negros. En 2003, un estudio previo a la recesión descubrió que incluso los aspirantes laborales blancos con antecedentes penales tienen más probabilidades de que les devuelvan el llamado con respecto a los negros con currículos idénticos y sin antecedentes.

Eso es una injusticia que crece sobre raíces entrelazadas: la discriminación histórica en el mercado laboral, la segregación residencial que sigue ocurriendo, los prejuicios raciales que se niegan a desaparecer registrados entre los empleadores. Pero, además, es una injusticia con consecuencias que se extienden más allá de los hombres en sí y van a prolongarse mucho más allá de la economía turbulenta actual.

Aun cuando Moody y sus pares encuentren trabajo, el hecho de que se hayan graduado en una recesión probablemente les impida progresar siempre en el lugar de trabajo. El EPI cita investigaciones previas según las cuales los que empiezan la vida laboral en recesiones pasan los diez a quince años siguientes con salarios menores con respecto a los que tendrían si hubieran empezado fuera de las recesiones. Esa realidad, sumada a la eliminación absoluta de los negros de la población activa, tiende a intensificar un porcentaje de pobreza familiar e infantil en la población negra de los Estados Unidos; porcentaje que está en rápido aumento y perpetuaría ciclos generacionales de injusticia ad nauseam. Es una combinación tóxica de fuerzas que Dorian Moody está esforzándose por superar.

Decisiones de adulto

“En realidad, mi mamá pensaba que iba a ir a la universidad por el fútbol americano”, recuerda Moody cuando se refiere a los días previos a su graduación del secundario. “Pero yo me puse demasiado vago. Pensaba: ‘Ey, estos se están tratando de matar entre sí y ni siquiera les están pagando’”, bromea.

De todas formas, lo que más quería era ganar dinero enseguida, empezar a cumplir con su rol. “Durante tantos años, vi que mis amigos y mi familia atravesaban diferentes luchas. Y es que desearía ayudarlos, realmente desearía ayudarlos. Pero es difícil cuando uno es sólo un chico”.

Por supuesto, una vez que se graduó del secundario y empezó su vida de adulto, aún no sabía bien de qué forma empezar. Pasó mucho tiempo haciendo música pero sabía que eso prometía más como pasatiempo que como trabajo. Así que, con ayuda de su mamá, tomó una mezcolanza de clases de verano en la Essex County College (Universidad del Condado de Essex). “Matemática, arte, ¡lo que sea! Me anotaba en cosas nomás”, dice, riéndose de sí mismo. “No tenía idea de lo que quería hacer”. Entonces, mientras miraba televisión una noche, vio una publicidad de una escuela donde se enseñaba ingeniería mecánica (reparación de autos). Y Moody tenía dos cosas claras sobre sí mismo: le gustaba hacer cosas con las manos y definitivamente le encantaban los autos. Quizás era el atractivo de lo que no se tiene; caminaba o tomaba el autobús para ir a todos lados, como todos a los que conocía. Ni siquiera tenía licencia de conducir. Así que los autos eran exóticos, algo que pertenecía a las películas o los videojuegos. Esa era la carrera para él.

Primero averiguó en el Universal Technical Institute (Instituto Técnico Universal), una institución enorme de formación profesional con fines de lucro y con campus en todo el país, incluso uno cercano en Exton, Pensilvania. Estaba excitado hasta

que vio el precio de cinco dígitos. “¡Y eso era solamente para ir hasta allá! Después, uno se tenía que mantener a sí mismo”, dice Moody. “Uno se rasca la cabeza y dice: ‘Qué sé yo’. Y mi mamá me miraba como diciendo: ‘Qué sé yo, te voy a ayudar, pero no creo que pueda hacer eso realmente’”.

Después se fijó en otro instituto con fines de lucro, el Lincoln Technical Institute, que parecía más accesible aunque era una exageración también. Pero, inexplicablemente, le costó mucho aprobar el sencillo examen de ingreso. Aún no logra explicarse lo que salió mal. Quizás no se lo tomó con suficiente seriedad, como ocurrió en esos primeros días del secundario. O quizás se sintió muy presionado y nada más. Fuera cual fuese el problema, también en esos días, dirigió bruscamente la atención hacia desafíos más urgentes porque, de pronto, su mamá se enfermó con gravedad. “Digamos que todo empezó a pasar con más lentitud para mí”, dice.

La enfermedad de la mamá de Moody avivó viejas tensiones en la familia. Ninguno sabía a quién o a qué culpar, así que se echaban la culpa entre ellos. Ella dejó de trabajar, y el dinero empezó a reducirse. Las cosas empeoraron aun más ya que el seguro médico no cubría el costo total del tratamiento. “Algo sobre la edad y las categorías y... Nunca lo entendí, pero no querían pagarlo. Dijeron que pagarían la mitad”, recuerda él, con rencor inusual. “Así que dije ‘listo’. Empecé a pensar en la calle”.

Moody estaba familiarizado con la economía clandestina que se desarrolla desde hace mucho tiempo en Irvington y Newark. En los centros urbanos afectados

por la crisis económica, hay una variedad amplia de trabajos “oscuros”, sean ilícitos o sólo extraoficiales, que llena el espacio laboral. La diferencia en los trabajos oscuros de Moody era ahora de escala solamente. “Cualquier cosa para ganar dinero. Cualquier cosa”, dice. “Por esos días, había muchos que robaban autos a mano armada, y me metí en eso y me metí en otras cosas”. No pasó mucho tiempo hasta que lo arrestaron por robo de autos en el puerto de Newark. Pasó un año en la cárcel del condado, un año en el que su madre entraba al hospital y salía de él en una lucha gradual, victoriosa contra el cáncer. “Hice un montón de estupideces y me metí en problemas pero le di ese dinero a mi mamá y ella entró en ese hospital”.

Está claro que Moody aún no sabe cómo sentirse con respecto a sus decisiones. Se esfuerza por expresar una mezcla confusa de remordimiento y desafío. Por un lado, está claramente orgulloso, con la sensación de que hizo lo que tenía que hacer por su mamá. Pero acepta que incluso ella no entienda la forma en que él llegó a la conclusión de que robar autos era la mejor opción disponible. Es más: ya se dio cuenta de que las decisiones que tomó ese año posterior a la graduación van a determinar el resto de su vida. “Uno no puede borrarlo de verdad. Uno va a las entrevistas de trabajo y dicen: ‘¿Tienes antecedentes penales?’. Y yo tengo que decir: ‘Sí’”.

Hay mucho escrito sobre el rol que cumplen los antecedentes penales en el desempleo de los hombres negros, en especial entre los jóvenes. En efecto, los datos son claros: uno de cada tres hombres negros tiene

condenas por delitos graves, y nueve de cada diez empleadores grandes consultan antecedentes penales antes de contratar. Pero un volumen creciente de investigación sugiere que los antecedentes penales no tienen toda la responsabilidad por las dificultades que tienen los negros para encontrar trabajo. En realidad, está claramente establecido por los sociólogos que el largo brazo del castigo estadounidense no se extiende al mercado laboral para los blancos que cometen esos mismos errores de juventud.

Karl Alexander, sociólogo de la Universidad Johns Hopkins, y sus colegas estuvieron siguiendo a un grupo de ochocientas personas de la zona de Baltimore desde que empezaron primer grado en 1982, en un intento por identificar las fuerzas positivas en la vida de los que crecen en hogares de bajos recursos. En lugar de preguntarse solamente por lo que limita el bienestar de los individuos incluidos en el estudio, trataron de observar además lo que los impulsa hacia mejores experiencias de vida, desde el trabajo hasta la salud mental. El estudio, que empezó en 1982, incluye jóvenes blancos procedentes de entornos con bajos recursos, lo cual es notable. “Vimos esto como una oportunidad inusual de comparar las experiencias de los blancos pobres con las de los afroestadounidenses”, explica Alexander. “Encontramos diferencias realmente llamativas que privilegiaban a los blancos pertenecientes a familias de clase trabajadora.

División de clases

Alexander y su equipo detallan lo que descubrieron sobre la vida de los individuos que analizaron en un libro nuevo, *The Long Shadow* (La sombra larga). Dentro de los numerosos hallazgos llamativos, hay dos que sobresalieron mucho para el equipo de investigación.

En primer lugar, la educación no significó una salida de la pobreza para las personas incluidas en el estudio; en realidad, aparentemente sólo aumentaba los privilegios de los que ya formaban parte de la clase media. En el estudio, los jóvenes de bajos recursos pertenecientes a todas las razas aspiraban en gran medida a una educación superior pero, como Moody, chocaban con barreras insuperables, desde los costos hasta las obligaciones familiares. Solamente el cuatro por ciento tenía una licenciatura a los veintiocho años, en contraste con el cuarenta y cinco por ciento registrado entre los pertenecientes a la clase media. “Dijimos: ‘Guau, la educación no está funcionando de verdad para estos chicos aunque les decimos que esa es la forma de salir adelante en la vida’”, recuerda Alexander. “Y eso es lo que hizo que prestáramos atención directamente a los que estaban dentro de la población activa y no iban a la universidad”.

En ese punto, surgieron los segundos hallazgos llamativos, aunque previsibles. Los investigadores de Johns Hopkins descubrieron un mercado laboral que también estaba dividido en niveles bien marcados pero en función de la raza y el género y no de la clase social. Se midiera como se midiese el éxito en el lugar de

trabajo (la edad en que empezaban a trabajar, la obtención o no de un empleo de tiempo completo, los salarios que conseguían, y cualquier otro parámetro), el patrón estaba claro: les iba mejor a los hombres blancos y peor a las mujeres negras, justo detrás de los hombres negros. “En ventas —escriben los autores—, los blancos venden seguros, los negros venden zapatos; en servicios de protección, los blancos trabajan en laboratorios de criminalística, los negros son guardias de seguridad”.

Tal vez eran más profundas todavía las diferencias que observaron los investigadores cuando tuvieron en cuenta los “comportamientos problemáticos”: dejar la escuela, drogarse, ir a la cárcel. En ese punto, explica Alexander, los hombres blancos de todas las clases manifestaron un comportamiento mucho más difícil que el de cualquier otro en el estudio pero los negros sufrieron un castigo duradero, de severidad especial por sus errores. Por ejemplo, entre los hombres que habían dejado la escuela, el ochenta y cuatro por ciento de los blancos tenía un trabajo de tiempo completo a los veintidós años. Sin embargo, entre los negros, sólo el cuarenta por ciento tenía trabajo a esa edad. Y aunque eran similares los porcentajes altos de condenas penales entre los negros y los blancos pertenecientes a familias de bajos recursos, esas condenas importaban mucho más en la vida de los negros. A los veintiocho, el cincuenta y cuatro por ciento de los blancos con antecedentes tenía trabajo de tiempo completo y ganaba un promedio de veinte dólares por hora; entre los negros con antecedentes, el treinta y

tres por ciento tenía trabajo y ganaba sólo un poco más de diez dólares por hora, o la mitad que sus pares blancos.

En el estudio, la ventaja general que tenían los blancos trabajadores sobre todos los demás respecto del salario parecía derivar en gran medida del acceso al trabajo obrero de salarios altos. “Todo el mundo sabe que la desindustrialización golpeó fuerte en ciudades como Baltimore”, dice Alexander. “Pero todavía quedan trabajos disponibles en los oficios calificados de la construcción. Hay edificios que están creciendo. Hay barcos que están llegando al puerto para que los descarguen. Si uno necesita un plomero, lo encuentra”. Pero esos trabajos están reservados para los hombres blancos. A los veintiocho, el cuarenta y cinco por ciento de los blancos pertenecientes a entornos de bajos recursos trabajaba en la construcción o en otros oficios industriales mientras que, en dichos rubros laborales, se registró sólo un quince por ciento entre los negros y prácticamente ninguna mujer de ninguna raza. Incluso dentro de ese sector bien pago, en promedio, los blancos ganaban casi el doble que los negros.

También es notable el impacto que parece tener esa segregación laboral en lo que se denomina la “feminización de la pobreza” (es decir, el hecho de que haya franjas enormes de los pobres trabajadores compuestas por mujeres en general, y en específico madres). La sabiduría convencional de que los hombres negros se perjudican a sí mismos con condenas penales se asemeja a un dicho común tanto dentro como fuera de la población negra estadounidense según el cual las mujeres

heterosexuales se perjudican a sí mismas cuando tienen hijos extramatrimoniales o directamente se niegan a casarse. No caben dudas de que dos ingresos mejoran la perspectiva de cualquier hogar. Pero también está claro que las mujeres ganan individualmente mucho menos dinero que los hombres, aun por los mismos trabajos, y en especial entre trabajadores sin títulos universitarios. Y para las mujeres en el estudio de Johns Hopkins, ponerse en pareja no siempre significó una ayuda para mejorar el balance de sus hogares. Los investigadores no preguntaron a las mujeres con quién estaban en pareja, pero el impacto del vínculo era absolutamente dispar. Las blancas que se declaraban dentro de una relación también informaban ingresos familiares equivalentes a lo que ganaban los hombres blancos, al margen de cualquier otro factor de vida agregado a la ecuación. Sin embargo, las negras que se declararon en pareja tenían ingresos familiares que seguían siendo inferiores en decenas de miles de dólares a los ingresos de los hombres blancos procedentes de clases sociales similares.

Así que ese estudio y otros similares son un golpe para la idea según la cual la responsabilidad personal puede resolver las injusticias laborales y salariales de nuestra economía. Pero lo que refuta quizás más claramente *The Long Shadow* es el viejo debate falso sobre si lo que más limita las oportunidades en los Estados Unidos es la raza o la clase. Son claramente ambas. Los individuos que crecieron en familias de bajos recursos enfrentaron consecuencias muy diferentes en la adultez temprana, en función tanto de la raza como del género, y

esa divergencia empezó apenas dejaron el secundario.

Por supuesto, ese hecho obliga a plantearse la pregunta más profunda: ¿Por qué? ¿Qué está impulsando esa clara disparidad?

Problemas de red

Dorian Moody y yo estamos parados charlando sobre autos en el garaje de su exescuela pero Rodney Brutton necesita que él se concentre y actúe rápido. Brutton acaba de hablar por teléfono con un taller de automotores que está buscando personas que puedan desmontar motores para trabajar en Newark. Ese es precisamente el entrenamiento que recibió Moody durante alrededor de un año de estudio aquí en la New Community Corporation (Corporación de la Nueva Comunidad).

No mucho tiempo después de que salió de la cárcel, Moody se inscribió en el curso de ingeniería mecánica de New Community con la ayuda de una beca. El curso incluía una pasantía de tres meses durante los cuales se trabajaba en autobuses en un garaje cercano, y nueve meses con instrucción tanto en el aula como en el taller. En los casi cuatro meses que pasaron desde que terminó los estudios y acumuló algunas de las certificaciones cruciales para trabajar como mecánico, Moody estuvo buscando trabajo, sin éxito. Así que Brutton, que dirige los programas de entrenamiento laboral en New Community y es el exdirector del desarrollo de la población activa para la ciudad de Newark, quiere

desesperadamente meter a Moody en ese trabajito. “No hay ningún motivo por el que Dorian no pueda encontrar trabajo”, dice Brutton. “Tiene las habilidades requeridas, el entrenamiento formal. Tiene buena conducta. Tiene una licencia válida. Sí, tiene antecedentes penales, pero nada debería interponerse en el camino”.

Y aun así. Lo entrevistan en Goodyear y en Enterprise. Llena decenas de formularios en Internet, para Zip Car, Ford, Mercury, Lincoln y garajes de estaciones de servicio en todo el pueblo. Hasta ahora, no llega nada. Él se mantiene optimista, y Brutton también, que está tratando de dar a Moody y a otros estudiantes de New Community lo que importa tanto como el entrenamiento para conseguir trabajos calificados, de salarios altos: contactos. Esos contactos, dice Brutton, son la explicación de las disparidades de raza y género observados en el estudio que realizó Johns Hopkins con los graduados del secundario en Baltimore.

“Se remonta a ese sistema de apoyo, esa red; ese nivel de nepotismo, me animaría a decir”, sostiene Brutton. Antes de dirigir los programas de desarrollo de la población activa en la ciudad, también ayudó a conducir un proyecto que destrabó las puertas a los trabajadores negros en Newark y les dio acceso a los trabajos sindicalizados. “Descubrimos que casi el sesenta por ciento de la afiliación sindical estaba conectado entre sí de una u otra forma. Estaba el padre que era gerente comercial, el hermano del padre que era agente comercial, y el sobrino estaba en el sindicato”. Todo lo cual contribuye a la segregación de la población activa, dice. “En

cualquier empleo grande, el setenta por ciento de los contratantes es blanco. ¿Y a quién contratan? Contratan a los suyos”.

Los datos de Johns Hopkins también respaldan esa realidad. Entre los hombres blancos que venían de familias con bajos recursos y tenían trabajo a los veintidós, el cincuenta y ocho por ciento dijo que encontró el trabajo mediante contactos familiares y sólo el cuarenta por ciento dijo que lo consiguió por cuenta propia y sin ningún contacto. Sucedió lo contrario con sus pares negros, entre los cuales el sesenta y ocho por ciento encontró trabajo sin ningún contacto en la familia o los amigos. Alexander y otros analizaron ese tipo de datos y notaron que es una injusticia cíclica. En el estudio de Alexander, era más probable que los blancos tuvieran padres y abuelos que pudieran ayudarlos a entrar en los oficios de salarios altos porque esos trabajos estaban reservados para los hombres blancos durante la segregación legal. Y hoy en día, ese privilegio se preserva mediante la segregación residencial.

“Todo el mundo entiende que haya enclaves residenciales para los blancos más ricos. Pero tendemos a no pensar en los enclaves residenciales para los blancos de clase trabajadora”, dice Alexander. “Esos barrios también son lugares específicos para ayudar a los trabajadores a conseguir una vida estable”. Y en un mercado laboral tan estrecho como el que existía cuando se graduaron Moody y sus compañeros de clase, los trabajos calificados, de salarios altos, quedan cubiertos rápidamente por esas redes familiares y barriales. “Es lo más

natural del mundo, en cierta forma, que las personas quieran ayudar a sus amigos o familiares a establecerse”, reconoce Alexander. “Las familias de clase media pueden hacer eso ayudando a sus hijos a que les vaya bien en la escuela. Los padres de clase trabajadora también pueden ayudar a sus hijos, pero tiene más que ver con ayudarlos a conseguir buenos trabajos”.

Brutton sostiene que ese ciclo no tiene por qué persistir. Dice que, en sus experiencias en Newark, se dio cuenta de que los planificadores de políticas pueden interrumpir ese proceso fácilmente mediante dos acciones: hacer que los dólares destinados al desarrollo queden condicionados a la equidad en la contratación laboral e inyectar dinero en los programas de entrenamiento laboral, que pueden dar a los trabajadores no sólo habilidades, sino también contactos. En New Community, está construyendo lentamente relaciones institucionales con empleadores locales para reemplazar a los contactos familiares que no tienen los estudiantes. Sin embargo, Brutton observa que, en los últimos años, disminuyeron considerablemente los fondos federales para los programas de entrenamiento e inserción laboral como los de New Community, lo cual dejó a más estudiantes con la única opción de iniciarse en instituciones de formación profesional con fines de lucro y terriblemente caras.

Por su parte, Moody se va a postular para ese trabajito de reparación de motores y para cualquier otra cosa que encuentre. Incluso intentó activar su propia red familiar, tal como es. Su tía tiene el mismo

mecánico desde hace años y es cordial con él. Así que le pidió trabajo, pero no había vacantes. Hasta allí llegan los contactos de Moody pero él no baja los brazos. “No es el final. Apenas tengo veintiuno; no es el final para mí. Sé que algún día voy a tener éxito”. Sueña con tener su propia casa: no un simple departamento, remarca, sino una casa. Desea quedarse quieto en esa casa y decirse a sí mismo: “Bueno, lo conseguí”. Calcula que le llevará unos cinco años llegar a eso. “Veo la puerta. Veo la puerta de la oportunidad”, dice. “Pero ahora mismo, digamos, estoy aquí nada más”.
